

recetada de famoso médico al enfermo que recibir no la quiere. Yo no quiero salud sin Luscinda, y pues ella gusta de ser agena, siendo, ó debiendo ser mía, guste yo de ser de la desventura, pudiendo haber sido de la buena dicha: ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdicion, yo querré con procurar perderme, hacer contenta su voluntad, y será exemplo á los porvenir, de que á mí solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los quales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle (1), y es mas causa (2) de mayores sentimientos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aquí dió fin Cardenio á su larga plática, y tan desdichada como amorosa

(1) Alusion á la sentencia de Virgilio:

Una salus victis nullam sperare salutem.

que traducida por Gregorio Hernandez de Velasco dice así:

*Solo lei queda á los vencidos una
Salud, que es no esperar salud alguna.*

(2) *Y en mi es causa*, parece que debería decir, y no: *y es mas causa*; que no hace sentido ninguno; y que sin duda es un yerro de imprenta cometido en las primeras ediciones.

historia, y al tiempo que el Cura se prevenia para decirle algunas razones de consuelo, le suspendió una voz, que llegó á sus oídos, que en lastimados acentos oyéron que decia, lo que se dirá en la quarta (7) parte desta narracion: que en este punto dió fin á la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.

CAPÍTULO XXVIII.

Que trata de la nueva y agradable aventura, que al Cura y Barbero sucedió en la mesma Sierra.

FELICÍSIMOS y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo Caballero Don Quixote de la Mancha, pues por haber tenido tan honrosa determinacion, como fué el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta orden de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulzura de su verdadera histo-

ria, sino de los cuentos y episodios della, que en parte no son ménos agradables y artificiosos y verdaderos, que la mesma historia (1): la qual prosiguiendo su rastrellado, torcido y aspado hilo, cuenta, que así como el Cura comenzó á prevenirse para consolar á Cardenio, lo impidió una voz que llegó á sus oídos, que con tristes acentos decía desta manera:

¡Ay Dios! si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura á la carga pesada deste

(1) Sin haber concluido nuestro autor un episodio, intercala otro, y con la saeta y apología, que hace aquí á favor de ellos, parece quiso prevenir la crítica, que le hicieron después por boca del bachiller Sansón Carrasco, sobre que en esta Primera Parte se había valido de novelas y cuentos ajenos de la historia, y que se debió de atender el *señor de paja ó heno*, etc. (P. 2, cap. 2.) Con efecto en el cap. 44, confiesa que en la Segunda se había cesido mas á los principales personajes de la historia, que con Don Quixote y Sancho, sin extenderse á otras digresiones y episodios extraños, y sin *ingorir*, como él dice, *novelas sueltas y peregriñas*: y porque los censores de Cervantes daban á entender que el recurso á cuentos ajenos suponia pobreza de ingenio, añadió que él era hombre que: *tenia habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo*. En esta sujecion á los estrechos límites de la narracion histórica se fundan los que profieren la Segunda Parte á la Primera, contra los que decian: *nausea Segundas Partes sacran buenas*. (P. 2, cap. 4.)

cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Si será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. ¡Ay desdichada! y quan mas agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi intencion, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningun hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males. Todas estas razones oyéron y percibieron el Cura y los que con él estaban, y por parecerles, como ello era, que allí junto las decian, se levantáron á buscar el dueño, y no hubieron andado veinte pasos, quando detras de un peñasco vieron sentado al pie de un fresno á un mozo vestido como labrador, al qual, por tener inclinado el rostro, á causa de que se lavaba los pies en el arroyo que por allí corría, no se le pudieron ver por entónces: y ellos llegaron con tanto silencio, que dél no fuéron sentidos, ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los pies, que eran tales que no parecian sino dos pedazos de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habían nacido. Suspendióles

la blancura y belleza de los pies, pareciéndoles que no estaban hechos á pisar terrenos, ni á andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño, y así, viendo que no habian sido sentidos, el Cura que iba delante, hizo señas á los otros dos que se agazapasen, ó escondiesen detrás de unos pedazos de peña que allí habia: así lo hicieron todos, mirando con atención lo que el mozo hacia, el qual traia puesto un capotillo pardo de dos aldas muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca: traia ansimesmo unos calzones (1) y polaynas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda: tenia las polaynas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia: acabóse de lavar los hermosos pies, y luego con un paño de tocar que sacó debaxo de la montera, se los limpió, y al querer quitársele, alzó el rostro, y tuvieron lugar los que mirándole estaban, de ver una hermosura incomparable, tal que Cardenio dixo al Cura con voz baxa:

(1) Un género de gregüescos (dice Covarrubias en su *Tesoro*) ó zaragüellos: muchas veces se toma por las sobrecalzas, que por otro nombre se llaman polaynas.



PART. I, CAP. XXVIII. 201

esta, ya que no es Luscinda, no es persona humana, sino divina. El mozo se quitó la montera, y sacudiendo la cabeza á una y á otra parte, se comenzaron á descoger y desparcir unos cabellos que pudieran los del sol tenerles envidia: con esto conociéron, que el que parecia labrador, era muger, y delicada, y aun la mas hermosa que hasta entónces los ojos de los dos habian visto, y aun los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido á Luscinda, que despues afirmó, que sola la belleza de Luscinda podia contender con aquella. Los luengos y rubios cabellos, no solo le cubriéron las espaldas, mas toda en torno la escondiéron debaxo de ellos, que si no eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia: tales y tantos eran. En esto les sirvió de peyne unas manos, que si los pies en el agua habian parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve: todo lo qual en mas admiracion y en mas desco de saber quien era, ponía á los tres que la miraban. Por esto determinaron de mostrarse, y al movimiento que hicieron de ponerse en pie, la hermosa moza alzó la cabeza, y apartándose

los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacian : y apenas los hubo visto , quando se levantó en pie, y sin aguardar á calzarse, ni á recoger los cabellos, asió con mucha presteza un bulto como de ropa, que junto á sí tenia, y quiso ponerse en huida, llena de turbacion y sobresalto; mas no hubo dado seis pasos, quando no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, dió consigo en el suelo : lo qual visto por los tres, salieron á ella, y el Cura fué el primero que le dixo : deteneos, señora, quien quiera que seais, que los que aquí veis, solo tienen intención de serviros : no hay para que os pongais en tan impertinente huida, porque ni vuestros pies lo podrán sufrir, ni nosotros consentir. A todo esto ella no respondia palabra, atónita y confusa. Llegáron pues á ella, y asiéndola por la mano el Cura, prosiguió diciendo : lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren, señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno , y traídola á tanta soledad como es esta, en la qual ha sido ventura

el hallaros, si no para dar remedio á vuestros males, alomenos para darles consejo, pues ningun mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al extremo de serlo, mientras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar siquiera el consejo, que con buena intencion se le da al que lo padece. Así que, señora mia, ó señor mio, ó lo que vos quiséredes ser, perded el sobresalto, que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena, ó mala suerte, que en nosotros juntos, ó en cada uno, hallaréis quien os ayude á sentir vuestras desgracias. En tanto que el Cura decia estas razones, estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos á todos sin mover labio, ni decir palabra alguna, bien así como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y del jamas vistas; mas volviendo el Cura á decirle otras razones al mesmo efeto encaminadas, dando ella un profundo suspiro, rompió el silencio y dixo : pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la sultura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en valde seria fingir yo de nuevo ahora lo que, si se me creyese,

seria mas por cortesía que por otra razon alguna : presupuesto esto , digo , señores , que os agradezco el ofrecimiento que me habeis hecho , el qual me ha puesto en obligacion de satisfaceros en todo lo que me habeis pedido , puesto que temo , que la relacion que os hiciere de mis desdichas , os ha de causar al par de la compasion la pesadumbre , porque no habeis de hallar remedio para remedarlas ni consuelo para entretenerlas ; pero con todo esto , porque no ando vacilando mi honra en vuestras intenciones , habiéndome ya conocido por muger , y viéndome moza , sola y en este trage , cosas todas juntas y cada una por sí , que pueden echar por tierra qualquier honesto crédito , os habré de decir lo que quisiera callar si pudiera . Todo esto dixo sin parar la que tan hermosa muger parecia , con tan suelta lengua , con voz tan suave , que no ménos les admiró su discrecion que su hermosura : y tornándole á hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos , para que lo prometido cumpliese , ella sin hacerse mas de rogar , calzándose con toda honestidad , y recogiendo sus cabellos , se acomodó en el asiento de una piedra , y puestos los tres al rededor della ,

haciéndose fuerza por detener algunas lágrimas que á los ojos se le venian , con voz reposada y clara , comenzó la historia de su vida desta manera :

En esta Andalucía hay un Lugar de quien toma título un Duque , que le hace uno de los que llaman Grandes en España : este tiene dos hijos , el mayor heredero de su Estado y al parecer de sus buenas costumbres , y el menor , no sé yo de que sea heredero , sino de las traiciones de Vellido y de los embustes de Galalon . Deste Señor son vasallos mis padres , humildes en linage ; pero tan ricos , que si los bienes de su naturaleza igualaran á los de su fortuna , ni ellos tuvieran mas que desear , ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo , porque quizá nace mi poca ventura de la que no tuviéron ellos en no haber nacido ilustres : bien es verdad , que no son tan baxos que puedan afrentarse de su estado , ni tan altos que á mí me quiten la imaginacion que tengo , de que de su humildad viene mi desgracia . Ellos en fin son labradores , gente llana , sin mezcla de alguna raza malsonante , y como suele decirse , christianos viejos ranciosos ,

pero tan rancios, que su riqueza y magnífico trato les va poco á poco adquiriendo nombre de hidalgos, y aun de caballeros, puesto que de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban, era de tenerme á mí por hija: y así por no tener otra, ni otro que los heredase, como por ser padres y aficionadas, yo era una de las más regaladas hijas que padres jamás regaláron: era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez, y el sugeto á quien encaminaban, midiéndolos con el cielo, todos sus deseos, de los cuales, por ser ellos tan buenos, los míos no salían un punto, y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, así lo era de su hacienda: por mí se recibían y despedían los criados: la razón y cuenta de lo que se sembraba y cogía, pasaba por mi mano: los molinos de aceyte, los lagares del vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas, finalmente de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenía yo la cuenta, y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mía y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré á encarecerlo. Los ratos que del día me quedaban después de

haber dado lo que convenia á los mayores, ó capataces, y á otros jornaleros, los entretenía en ejercicios que son á las doncellas tan licitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almodadilla, y la rueca muchas veces, y si alguna por recrear el ánimo, estos ejercicios dexaba, me acogía al entretenimiento de leer algun libro devoto, ó á tocar una harpa, porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu. Esta pues era la vida que yo tenía en casa de mis padres, la qual si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentacion, ni por dar á entender que soy rica, sino porque se advierta, quan sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho al infelice en que ahora me hallo. Es pues el caso, que pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal, que al de un monasterio pudiera compararse, sin ser vista, á mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa, porque los dias que iba á misa era tan de mañana, y tan acompañada de mi madre y de otras criadas, y yo tan cubierta

y recatada, que apenas vián mis ojos mas tierra de aquella donde ponía los pies, con todo esto, los del amor, ó los de la ociosidad por mejor decir, á quien los de lince no pueden igualarse, me viéron puestos en la solicitud de Don Fernando, que este es el nombre del hijo menor del Duque que os he contado. No hubo bien nombrado á Don Fernando la que el cuento contaba, quando á Cardenio se le mudó la color del rostro, y comenzó á trasudar con tan grande alteracion, que el Cura y el Barbero que miráron en ello, temieron que le venia aquel accidente (c) de locura que habian oido decir, que de quando en quando le venia: mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo, mirando de hito en hito á la labradora, imaginando quien ella era, la qual sin advertir en los movimientos de Cardenio prosiguió su historia, diciendo: y no me hubieron bien visto, quando, segun él dixo despues, quedó tan preso de mis amores, quanto lo diéron bien á entender sus demostraciones. Mas por acabar presto con el cuento, que no le tiene, de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que Don Fernando hizo para

declararme su voluntad: sobornó toda la gente de mi casa, dió y ofreció dádivas y mercedes á mis parientes: los dias eran todos de fiesta y de regocijo en mi calle, las noches no dexaban dormir á nadie las músicas: los villetes, que sin saber como á mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con ménos letras que promesas y juramentos: todo lo qual, no solo no me ablandaba; pero me endurecia de manera, como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reducirme á su voluntad hacia, las hiciera para el efeto contrario: no porque á mí me pareciese mal la gentileza de Don Fernando, ni que tuviese á demasia sus solicitudes, porque me daba un no sé que de contento, verme tan querida y estimada de un tan principal caballero, y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas, que en esto, por feas que seamos las mugeres, me parece á mí que siempre nos da gusto el oír que nos llaman hermosas; pero á todo esto se oponia mi honestidad y los consejos continuos que mis padres me daban, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de Don Fernando, porque ya á él no se le daba

nada de que todo el mundo la supiese. Declámme mis padres, que en sola mi virtud y bondad dexaban y depositaban su honra y fama, y que considerase la desigualdad que habia entre mí y Don Fernando, y que por aquí echaria de ver, que sus pensamientos, aunque él dixese otra cosa, mas se encaminaban á su gusto que á mi provecho, y que si yo quisiese poner en alguna manera algun inconveniente para que él se dexase de su injusta pretension, que ellos me casarian luego con quien yo mas gustase, así de los mas principales de nuestro Lugar, como de todos los circunvecinos, pues todo se podia esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estos ciertos prometi-mientos, y con la verdad que ellos me decian, fortificaba yo mi entereza, y jamas quise responder á Don Fernando palabra que le pudiese mostrar, aunque de muy léjos, esperanza de alcanzar su deseo. Todos estos recatos míos, que él debía de tener por desdenes, debieron de ser causa de avivar mas su lascivo apetito, que este nombre quiero dar á la voluntad que me mostraba, la qual, si ella fuera como debia, no la supierades vosotros ahora, por-

que hubiera faltado la ocasion de decirlosla. Finalmente Don Fernando supo que mis padres andaban por darme estado, por quitalle á él la esperanza de poseerme, ó aloménos porque yo tuviese mas guardas para guardarame, y esta nueva, ó sospecha fué causa para que hiciese lo que ahora oiréis, y fué, que una noche estando yo en mi aposento con sola la compañía de una doncella que me servia, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por descuido mi honestidad no se riese en peligro, sin saber, ni imaginar como, en medio destes recatos y prevenciones, y en la soledad deste silencio y encierro me le hallé delante, cuya vista me turbó de manera, que me quitó la de mis ojos, y me enmudeció la lengua: y así no fui poderosa de dar voces, ni aun él, creo que me las dexara dar, porque luego se llegó á mí, y tomándome entre sus brazos (porque yo, como digo, no tuve fuerzas para defenderme segun estaba turbada) comenzó á decirme tales razones, que no sé como es posible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas: hacia el traidor, que sus lágrimas acre-

ditasen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo pobrecilla, sola entre los míos, mal exercitada en casos semejantes, comencé no sé en que modo á tener por verdaderas tantas falsedades; pero no de suerte que me moviesen á compasion ménos que buena sus lágrimas y suspiros: y así pasándoseme aquel sobresalto primero, torné algun tanto á cobrar mis perdidos espíritus, y con mas ánimo del que pensé que pudiera tener le dixé: si como estoy, señor, en tus brazos, estuviera entre los de un leon fiero, y el librame dellos se me asegurara, con que hiciera, ó dixera cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, así fuera posible hacella, ó decilla, como es posible dexar de haber sido lo que fué: así que, si tú tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos como lo verás, si con hacerme fuerza; quisieres pasar adelante en ellos: tu vasalla soy; pero no tu esclava, ni tiene, ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre, para deshonrar y tener en poco la humildad de la mía, y en tanto me estimo yo villana y labradora, como tú señor y caballero:

conmigo no han de ser de ningún efecto (n) tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lágrimas enternecerme: si alguna de todas estas cosas que he dicho, viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, á su voluntad se ajustara la mía, y mi voluntad de la suya no saliera: de modo, que como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado te entregara lo que tú, señor, ahora con tanta fuerza procuras: todo esto he dicho, porque no es pensar, que de mí alcance cosa alguna el que no fuere mi legitimo esposo. Si no reparas mas que en eso, bellissima Dorotea, que este es el nombre desta desdichada, dixo el desleal caballero, ves aquí te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los cielos, á quien ninguna cosa se esconde, y esta imagen de nuestra Señora que aquí tienes. Quando Cardenio le oyó decir, que se llamaba Dorotea, tornó de nuevo á sus sobresaltos, y acabó de confirmar por verdadera su primera opinion; pero no quiso interrumpir el cuento, por ver en que venia á parar lo que él ya casi sabia, solo dixo: que ¿Dorotea es tu nombre,

señora? otra he oído yo decir del mesmo y que quizá corre parejas con tus desdichas: pasa adelante, que tiempo vendrá en que te diga cosas que te espanten en el mesmo grado que te lastimen. Reparó Dorotea en las razones de Cardenio y en su extraño y desastrado traje, y rogólo, que si alguna cosa de su hacienda (1) sabia, se la dixese luego, porque si algo le había dexado bueno la fortuna, era el ánimo que tenía para sufrir qualquier desastre que sobreviniese, segura de que á su parecer ninguno podía llegar, que el que tenía acrecentase un punto. No le perdiera yo, señora, respondió Cardenio, en decirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, y hasta ahora no se pierde coyuntura, ni á tí te importa nada el saberlo. Sea lo que fuere, respondió Dorotea, lo que en mi cuento pasa, fué, que tomando Don Fernando una imagen que en aquel aposento estaba, la puso por testigo de nuestro desposorio, con palabras eficacissimas y juramentos extraordinarios me dió la palabra de ser mi marido, puesto que ántes que acabase de decir las, le dixé que

(1) De sus sucesos.

mirase bien lo que hacía, y que considerase el enojo que su padre había de recibir, de verle casado con una villana vasalla suya, que no le cegase mi hermosura tal qual era; pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro, y que si algun bien me quería hacer por el amor que me tenía, fuese dexar correr mi suerte á lo igual de lo que mi calidad podía, porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan, ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan. Todas estas razones que aquí he dicho, le dixé, y otras muchas de que no me acuerdo; pero no fuéron parte para que él dexase de seguir su intento, bien así como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata, no repara en inconvenientes. Yo á esta sazón hice un breve discurso conmigo, y me dixé á mí mesma: sí, que no seré yo la primera, que por vía de matrimonio haya subido de humilde á grande estado, ni será Don Fernando el primero á quien hermosura, ó ciega afición, que es lo mas cierto, haya hecho tomar compañía desigual á su grandeza: pues si no hago, ni mundo, ni uso nuevo, bien es acudir á esta honra que la suerte me ofre-

ce, puesto que en este no dure mas la voluntad que me muestra, de quanto dure el cumplimiento de su deseo, que en fin para con Dios será su esposa, y si quiero con desdenes despedille, en término le veo que no usando el que debe, usará el de la fuerza, y vendré á quedar deshourada y sin disculpa de la culpa que me podrá dar el que no supiere, quan sin ella he venido á este punto: porque que razones serán bastantes para persuadir á mis padres y á otros, que este caballero entró en mi aposento sin consentimiento mio? Todas estas demandas y respuestas revolvi en un instante en la imaginacion, y sobre todo me comenzaron á hacer fuerza y á inclinarme á lo que fué, sin yo pensarlo, mi perdicion, los juramentos de Don Fernando, los testigos que ponía, las lágrimas que derramaba, y finalmente su disposicion y gentileza, que acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir á otro tan libre y recatado corazon como el mio. Llamé á mi criada, para que en la tierra acompañase á los testigos del cielo: tornó Don Fernando á reiterar y confirmar sus juramentos, añadió á los primeros nuevos Santos por tes-

tigos, echóse mil futuras maldiciones, si no cumpliese lo que me prometia, volvió á humedecer sus ojos y acrecentar sus suspiros, apretóme mas entre sus brazos, de los quales jamas me habia dexado, y con esto, y con volverse á salir del aposento mi doncella, yo dexé de serlo, y él acabó de ser traidor y fementido. El dia que sucedió á la noche de mi desgracia, se venia aun no tan apriesa como yo pienso que Don Fernando deseaba, porque despues de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir, es apartarse de donde le alcanzaron. Digo esto, porque Don Fernando dió priesa por partirse de mí, y por industria de mi doncella, que era la mesma que allí le habia traído, ántes que amaneciese se vió en la calle, y al despedirse de mí, aunque no con tanto albrico y vehemencia como quando vino, me dixo que estuviere segura de su fe, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos, y para mas confirmacion de su palabra sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mio. En efecto (1) él se fué, y yo quedé ni sé si triste, ó alegre: esto sé bien decir, que quedé confusa y pensativa, y casi fuera de mí con el nuevo

acacimiento, y no tuve ánimo, ó no se me acordó de reñir á mi doncella por la traicion cometida, de encerrar á Don Fernando en mi mismo aposento, porque aun no me determinaba, si era bien, ó mal el que me habia sucedido. Dixele al partir á Don Fernando, que por el mesmo camino de aquella podia verme otras noches, pues ya era suya, hasta que quando él quisiese aquel hecho se publicase; pero no vino otra alguna, sino fué la siguiente, ni yo pude verle en la calle, ni en la Iglesia en mas de un mes, que en vano me cansé en solicitallo (s), puesto que supe, que estaba en la villa, y que los mas dias iba á caza, exercicio de que él era muy aficionado. Estos dias y estas horas bien sé yo que para mí fuéron aciagos y menguadas, y bien sé que comencé á dudar en ellos, y aun á descreer de la fe de Don Fernando: y sé tambien que mi doncella oyó entónces las palabras, que en reprehension de su atrevimiento ántes no habia oido: y sé que me fué forzoso tener cuenta con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasion á que mis padres me preguntasen, que de que andaba descontenta, y me obligasen á buscar men-

tiras que decilles; pero todo esto se acabó en un punto, llegándose uno donde se atropelláron respetos (t) y se acabáron los honrados discursos, y adonde se perdió la paciencia y salieron á plaza mis secretos pensamientos: y esto fué, porque de allí á pocos dias se dixo en el Lugar, como en una ciudad allí cerca se habia casado Don Fernando con una doncella hermosísima en todo extremo; y de muy principales padres, aunque no tan rica que por la dote pudiera aspirar á tan noble casamiento: dixose que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron dignas de admiracion. Oyó Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dexar de allí á poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas; mas no por esto dexó Dorotea de seguir su cuento diciendo: llegó esta triste nueva á mis oídos, y en lugar de helárseme el corazon en oílla, fué tanta la cólera y rabia que se encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosia y traicion que se me habia hecho; mas templóse esta furia por entónces, con pen-

sar de poner aquella misma noche por obra lo que puse, que fué ponerme en este hábito que me dió uno de los que llaman zagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al qual descubrí toda mi desventura, y le rogué me acompañase hasta la ciudad, donde entendí que mi enemigo estaba. El despues que hubo reprehendido mi atrevimiento y afeado mi determinacion, viéndome resuelta en mi parecer, se ofreció á tenerme compañía, como él dixo, hasta el cabo del mundo: luego al momento encerré en una almohada de lienzo un vestido de muger, y algunas joyas y dineros por lo que podia suceder, y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta á mi traidora doncella, salí de mi casa, acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad á pie, llevada en vuelo del deseo de llegar, ya que no á estorbar lo que tenia por hecho, alménos á decir á Don Fernando, me dixese, con que alma lo habia hecho. Llegué en dos dias y medio donde queria, y en entrando por la ciudad, pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y al primero á quien hice la pregunta, me respon-

dió mas de lo que yo quisiera oír: dixome la casa y todo lo que habia sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan pública en la ciudad, que se hacen corrillos para contarla por toda ella: dixome, que la noche que Don Fernando se desposó con Luscinda, despues de haber ella dado el sí de ser su esposa, le habia tomado un recio desmayo, y que llegando su esposo á desabrocharle el pecho, para que le diese el ayre, le halló un papel escrito de la mesma letra de Luscinda, en que decia y declaraba, que ella no podia ser esposa de Don Fernando, porque lo era de Cardenio, que á lo que el hombre me dixo, era un caballero muy principal de la mesma ciudad, y que si habia dado el sí á Don Fernando, fué por no salir de la obediencia de sus padres. En resolucion, tales razones dixo que contenia el papel, que daba á entender, que ella habia tenido intencion de matarse en acabándose de desposar, y daba allí las razones porque se habia quitado la vida: todo lo qual dicen, que confirmó una daga que le hallaron, no sé en que parte de sus vestidos. Todo lo qual visto por Don Fernando, pareciéndole que Luscinda le habia burlado

y escarnecido y tenido en poco, arremetió á ella antes que de su desmayo volviese, y con lá mesma daga que le halláron, la quiso dar de puñaladas, y lo hiciera, si sus padres y los que se halláron presentes no se lo estorbaran. Dixéron mas, que luego se asentó Don Fernando, y que Luscinda no habia vuelto de su parasismo hasta otro dia, que contó á sus padres, como ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supe mas, que el Cardenio, segun decian, se halló presente á los desposorios, y que en viéndola desposada, lo qual él jamas pensó, se salió de la ciudad desesperado, dexándole primero escrita una carta donde daba á entender el agravio que Luscinda le habia hecho; y de como él se iba adonde gentes no le viesen. Esto todo era público y notorio en toda la ciudad, y todos hablaban dello, y mas habláron quando supieron que Luscinda habia faltado de casa de sus (u) padres y de la ciudad, pues no la halláron en toda ella, de que perdian el juicio sus padres, y no sabian que medio se tomar para hallarla. Esto que supe, puso en bando mis esperanzas, y tuve por mejor, no haber hallado á Don Fernando,

que no hallarle casado, pareciéndome que aun no estaba del todo cerrada la pueria á mi remedio, dándome yo á entender que podria ser, que el cielo hubiese puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio, por atraerle á conocer lo que al primero debia, y á caer en la cuenta de que era christiano, y que estaba mas obligado á su alma, que á los respetos humanos. Todas estas cosas revolvía en mi fantasía, y me consolaba sin tener consuelo, fingiendo unas esperanzas largas y desmayadas, para entretener la vida que ya aborrezco. Estando pues en la ciudad, sin saber que hacerme, pues á Don Fernando no hallaba, llegó á mis oidos un público pregon donde se prometia grande hallazgo á quien me hallase, dando las señas de la edad y del mesmo traje que traia, y oí decir, que se decia, que me habia sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino, cosa que me llegó al alma, por ver quan de caida andaba mi crédito, pues no bastaba perderle con mi venida, sino añadir el con quien, siendo sujeto (s) tan baxo y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí el pregon, me salí de la ciudad con mi criado, que ya comenzaba á

dar muestras de titubear en la fe, que de fidelidad me tenia prometida, y aquella noche nos entramos por lo espeso desta montaña con el miedo de no ser hallados, pero como suele decirse que un mal llama á otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor, así me sucedió á mi, porque mi buen criado hasta entónces fiel y seguro, así como me vió en esta soledad, incitado de su mesma bellaquería, ántes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasion que á su parecer estos yermos le ofrecian, y con poca vergüenza y ménos temor de Dios, ni respeto mio, me requirió de amores, y viendo que yo con feas y justas palabras respondia á las desvergüenzas de sus propósitos, dexó aparte los ruegos de quien primero pensó aprovecharse, y comenzó á usar de la fuerza; pero el justo cielo, que pocas, ó ningunas veces dexa de mirar y favorecer á las justas intenciones, favoreció las mias, de manera que con mis pocas fuerzas y con poco trabajo di con él por un derrumbadero, donde le dexé, ni sé si muerto, ó si vivo, y luego con mas ligereza que mi sobresalto y causancio pedian, me entré por estas montañas, sin

llevar

llevar otro pensamiento, ni otro designio que esconderme en ellas, y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando. Con este desseo ha no sé quantos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero que me llevó por su criado á un Lugar, que está en las entrañas desta sierra, al qual lie servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo por encubrir estos cabellos, que ahora tan sin pensarlo me han descubierto; pero toda mi industria y toda mi solicitud fue y ha sido de ningún provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varon, y nació en él el mesmo mal pensamiento que en mi criado: y como no siempre la fortuna con los trabajos da los remedios, no hallé derrumbadero, ni barranco de donde despeñar y despenar al amo como le hallé para el criado: y así tuve por menor inconveniente, dexalle y (o) asconderme de nuevo entre estas asperezas, que probar con él mis fuerzas, ó mis (r) disculpas. Digo pues, que me torné á emboscar, y á buscar donde sin impedimento alguno pudiese con suspiros y lágrimas rogar al cielo se duela

de mi desventura, y me dé industria y favor para salir della, ó para dexar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin culpa saya habrá dado materia para que de ella se hable, y murmure en la suya y en las agenas tierras.

CAPÍTULO XXIX.

Que trata del gracioso arriñco y órden, que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia, en que se habia puesto (9).

ESTA es, señores, la verdadera historia de mi tragedia: mirad y juzgad ahora si los suspiros que escuchastes, las palabras que oistes, y las lágrimas que de mis ojos salian, tenían ocasion bastante para mostrarse en mayor abundancia: y considerada la calidad de mi desgracia, veréis que será en vano el consuelo, pues es imposible el remedio della. Solo os ruego (lo

que con facilidad podréis y debéis hacer) que me aconsejéis donde podré pasar la vida, sin que me acabe el temor y sobresalto que tengo, de ser hallada de los que me buscan, que aunque sé, que el mucho amor que mis padres me tienen, me asegura, que seré dellos bien recebida, es tanta la vergüenza que me ocupa solo el pensar que, no como ellos pensaban, tengo de parecer á su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de ser vista, que no verles el rostro, con pensamiento que ellos miran el mio ageno de la honestidad, que de mí se debian de tener prometida. Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color que mostró bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. En las suyas sintieron los que escuchado la habian tanta lástima como admiracion de su desgracia, y aunque luego quisiera el Cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio, diciendo: en fin, señora; que tú eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo? Admirada quedó Dorotea, quando oyó el nombre de su padre, y de ver quan de poco era el que le nombraba, porque ya se ha dicho de la mala manera que Car-

denio estaba vestido; y así le dixo: ¿y quien sois vos, hermano, que así sabeis el nombre de mi padre? porque yo hasta ahora, si mal no me acuerdo, en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado. Soy, respondió Cardenio, aquel sin ventura, que según vos, señora, habeis dicho. Luscinda dixo, que era su esposo: soy el desdichado Cardenio, á quien el mal término de aquel, que á vos os ha puesto en el que estais, me ha traído á que me veais qual me veis, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no le tengo sino quando al cielo se le antoja dármele por algun breve espacio. Yo, Dorotea; soy el que me hallé presente á las sinrazones de Don Fernando, y el que aguardó á oír el sí, que de ser su esposa pronunció Luscinda: yo soy el que no tuvo ánimo para ver en que paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fué hallado en el pecho, porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas, y así dexé la casa y la paciencia, y una carta que dexé á un huésped mio, á quien rogué que en manos de Luscinda la pudiese, y vineme á

estas soledades con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto aborrecí como mortal enemiga mia; mas no ha querido la suerte quitármela, contentándose con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros, pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí habeis contado, aun podria ser, que á entrámbos nos tuviese el cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres, que nosotros pensamos: porque presupuesto que Luscinda no puede casarse con Don Fernando por ser mia, ni Don Fernando con ella por ser vuestro, y háberlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos esperar, que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavía en ser y no se ha enagenado, ni deshecho: y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza, ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplicoo, señora, que tomeis otra resolucion en vuestros honrados pensamientos; pues yo la pienso tomar en los míos, acomodándoo á esperar mejor fortuna: que yo os juro por la fe de caballero y de cristiano, de no desamparáros hasta vóros en poder de Don Fernando, y que quando

con razones no le pudiese atraer á que conocza lo que os debe, de usar entónces la libertad que me concede el ser caballero, y poder con justo título desafiarme en razon de la sinrazon que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dexaré al cielo, por acudir en la tierra á los vuestros. Con lo que Cardenio dixo se acabó de admirar Dorotea, y por no saber que gracias volver á tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los pies para besárselos, mas no lo consintió Cardenio, y el Licenciado respondió por entrámbos, y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogó, aconsejó y persuadió, que se fuesen con él á su aldea, donde se podrían reparar de las cosas que les faltaban, y que allí se daría orden como buscar á Don Fernando, ó como llevar á Dorotea á sus padres, ó hacer lo que mas les pareciese conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron, y aceptaron la merced que se les ofrecia. El Barbero, que á todo habia estado suspenso y callado, hizo tambien su buena plática, y se ofreció con no ménos voluntad que el Cura á todo aquello que fuese bueno para servirles: contó asimismo con brevedad la causa

que allí los habia traído, con la extrañeza de la locura de Don Quixote, y como aguardaban á su escudero, que habia ido á buscallo. Vinosele á la memoria á Cardenio, como por sueños, la pendencia que con Don Quixote habia tenido, y contóla á los demas, mas no supo decir por que causa fué su (a) quision. En esto oyéron voces, y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que por no haberlos hallado en el lugar donde los dexó, los llamaba á voces: saliéronle al encuentro, y preguntándole por Don Quixote, les dixo como le habia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea; y que pnesto que le habia dicho, que ella le mandaba que saliese de aquel lugar, y se fuese al del Toboso donde le quedaba esperando, habia respondido, que estaba determinado de no parecer ante su fermosura, fasta que hubiese fecho fazañas, que le ficsiesen digno de su gracia, y que si aquello pasaba adelante, corria peligro no venir á ser Emperador como estaba obligado, ni aun Arzobispo, que era lo ménos que podia ser: por eso, que mirasen lo que se habia de hacer para sacarle de allí. El

Licenciado le respondió , que no tuviese pena, que ellos le sacarian de allí mal que le pesase. Contó luego á Cardenio y á Dorotea lo que tenían pensado para remedio de Don Quixote, alumnos para llevarle á su casa : á lo qual dixo Dorotea ; que ella haria la doncella menesterosa mejor que el Barbero , y mas que tenia allí vestidos con que hacerlo al natural , y que la dexasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester , para llevar adelante su intento , porque ella habia leído muchos libros de caballerias , y sabia bien el estilo que tenian las doncellas cuitadas , quando pedian sus dones á los andantes caballeros. Pues no es menester mas, dixo el Cura, sino que luego se ponga por obra , que sin dnda la buena suerte se muestra en favor mio , pues tan sin pensarlo , á vosotros , señores , se os ha comenzado á abrir puerta para vuestro remedio , y á nosotros se nos ha facilitado la que habiamos menester. Sacó luego Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica , y una mantellina de otra vistosa tela verde , y de una caxita un collar y otras joyas , con que en un instante se adornó de manera , que una rica y gran

señora parecia. Todo aquello y mas, dixo que habia sacado de su casa para lo que se ofreciese , y que hasta entónces no se le habia ofrecido ocasion de habello menester. Á todos contentó en extremo su mucha gracia , donayre y hermosura , y confirmáron á Don Fernando por de poco conocimiento , pues tanta belleza desechaba ; pero el que mas se admiró fué Sancho Panza , por parecerle (como era así verdad) que en todos los dias de su vida habia visto tan hermosa criatura : y así preguntó al Cura con grande ahinco , le dixese , quien era aquella tan hermosa señora , y que era lo que buscaba por aquellos andurriales. Esta hermosa señora , respondió el Cura , Sancho hermano , es como quien no dice nada , es la heredera por línea recta de varon del gran Reyno de Micomicón , la qual viene en busca de vuestro amo á pedirle un don , el qual es , que le deslaga un tuerto , ó agravio que un mal gigante le tiene fecho , y á la fama que de buen caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierta , de Guinea ha venido á buscarle esta Princesa. Dichosa buscada y dichoso hallazgo , dixo á esta sazón Sancho Panza , y mas si mi amo es tan ventu-

roso que deslaga ese agravio y enderece ese tuerto, matando á ese hideputa dese gigante que vuestra merced dice, que si matará, si él le encuentra, si ya no fuese fantasma, que contra las fantasmas no tiene ni señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar á vuestra merced entre otras, señor Licenciado, y es, que porque á mi amo no le tome gana de ser Arzobispo, que es lo que yo temo, que vuestra merced le aconseje, que se case luego con esta Princesa, y así quedará imposibilitado de recibir órdenes arzobispales, y vendrá con facilidad á su Imperio, y yo al fin de mis deseos: que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta, que no me está bien, que mi amo sea Arzobispo, porque yo soy inútil para la Iglesia, pues soy casado, y andarme ahora á traer dispensaciones, para poder tener renta por la Iglesia, teniendo como tengo muger y hijos, sería nunca acabar: así que, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia, y así no la llamo por su nombre. Llámase, respondió el Cura, la Princesa Micomicón; porque llamándose su Reyno Micomicón, claro

está, que ella se ha de llamar así. No hay duda en eso, respondió Sancho, que yo he visto á muchos tomar el apellido y alcurnia del Lugar donde nacieron, llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Ubeda, y Diego de Valladolid, y esto mesmo se debe de usar allá en Guinea, tomar las Reynas los nombres de sus Reynos. Así debe de ser, dixo el Cura, y en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderíos: con lo que quedó tan contento Sancho, quanto el Cura admirado de su simplicidad, y de ver quan encajados tenía en la fantasía los mesmos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba á entender, que había de venir á ser Emperador. Ya en esto se había puesto Dorotea sobre la mula del Cura, y el Barbero se había acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dixéron á Sancho que los guisase adonde Don Quixote estaba, al qual advirtieron, que no dixese que conocia al Licenciado, ni al Barbero, porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir á ser Emperador su amo, puesto que ni el Cura, ni Cardenio quisieron ir con ellos, por que no se le acordase á Don Quixote la pen-

dencia que con Cardenio habia tenido, y el Cura, porque no era menester por entónces su presencia, y así los dexaron ir delante, y ellos los fuéron siguiendo á pie poco á poco. No dexó de avisar el Cura lo que habia de hacer Dorotea: á lo que ella dixo, que descuidasen, que todo se haria sin faltar punto, como lo pedian y pintaban los libros de caballerías. Tres quartos de legua habrian andado, quando descnhríeron á Don Quixote entre unas intrincadas peñas, ya vestido, aunque no armado: y así como Dorotea le vió, y fué informada de Sancho, que aquel era Don Quixote, dió del azote á su palafren, siguiéndole el bien barbado Barbero: y en llegando junto á él, el escudero se arrojó de la mula, y fué á tomar en los brazos á Dorotea, la qual apeándose con grande desenvoltura, se fué á hincar de rodillas ante las de Don Quixote, y aunque él pugnaba por levantarla, ella sin levantarse le falló en esta guisa: de aquí no me levantaré, ó valeroso y esforzado caballero, fasta que la vuestra honrad y cortesía me otorgue un don, el qual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la mas desconsolada y agraviada doncella que

el sol ha visto: y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estais á favorecer á la sin ventura, que de tan lueñes tierras viene al olor de vuestro famoso nombre, buscándoos para remedio de sus desdichas. No os responderé palabra, hermosa señora, respondió Don Quixote, ni oiré mas cosa de vuestra hacienda, fasta que os levanteis de tierra. No me levantaré, señor, respondió la afligida doncella, si primero, por la vuestra cortesía no me es otorgado el don que pido. Yo vos le otorgo y concedo, respondió Don Quixote, como no se haya de cumplir en daño, ó mengua de mi Rey, de mi patria, y de aquella que de mi corazon y libertad tiene la llave (1). No será en

(1) Toda esta aventura está con efecto trazada segun el estilo de los libros de caballerías, como se pudiera acreditar con muchos pasages de ellos. En el cap. 35 de *Don Olivante de Laura* se dice: *Toparon en el camino una doncella que venia con un palafren y dos escuderos con ella, e venia llorando. Palmerín que la vyo, ovo dicho della, y dixote: amigo, qué cuita es la vuestra? decidmelo: que mucho fare por vos ayudar.* Y en la P. I, cap. 39 de *Amadís de Grecia* se trata de como vino la gigante *Molificada á demandar favor al rey Amadís, y*

daño, ni en mengua de los que decís, mi buen señor, replicó la dolorosa doncella: y estando en esto, se llegó Sancho Panza al oído de su señor, y muy pasito le dixo: bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada, solo es matar á un gigantazo, y esta que lo pide es la alta Princesa Micomicona, Reyna del gran Reyno Micomicon de Etiopia. Sea quien fuere, respondió Don Quixote, que yo haré lo que soy obligado, y lo que me dicta mi conciencia, conforme á lo que profesado tengo: y volviéndose á la doncella, dixo: la vuestra gran fermosura se levante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere. Pues el que pido es, dixo la doncella, que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa,

como él se fue con ella á la vengar del gigante; y se añade: la foyana se lanzó á sus pies; agora vos suplico, señor, que me otorguéis un don, que, para que yo sea enmendada de un uerto que recibí, condóneme me lo otorguéis. Y lo otorgo, dize el Rey. Y en la P. II, cap. 50, se dice: Como mi padre murió, un vasallo suyo se uicó con el reyno y insula que á mí me venía de derecho: vengo vestida de negro hasta que sea restituida en mi reyno.



que no se ha de entremeter en otra aventura, ni demanda alguna, hasta darme venganza de un traidor, que contra todo derecho divino y humano me tiene usurpado mi Reyno. Digo que así lo otorgo, respondió Don Quixote, y así podeis, señora, desde hoy mas desechar la melancolla que os fatiga, y hacer que cobre nuevos brios y fuerzas vuestra desmayada esperanza, que con el ayuda de Dios, y la de mi brazo, vos os veréis presto restituida en vuestro Reyno, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande Estado, á pesar y á despecho de los follones que contradecirlo quisieren: y manos á la labor, que en la tardanza, dicen que suele estar el peligro. La menesterosa doncella pugnó con mucha porfia por besarle las manos, mas Don Quixote, que en todo era comedido y cortes caballero, jamas lo consintió: ántes la hizo levantar y la abrazó con mucha cortesia y comedimento, y mandó á Sancho, que requiriese las cinchas á Rocinante y le armase luego al punto. Sancho descolgó las armas, que como trofeo de un árbol estaban pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armó á su señor, el

qual viéndose armado, dixo: vamos de aquí en el nombre de Dios á favorecer esta gran señora. Estábase el Barbero aun de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la risa, y de que no se le cayese la barba, con cuya caída quizá quedarán todos sin conseguir su buena intencion: y viendo, que ya el don estaba concedido, y con la diligencia que Don Quixote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó, y tomó de la otra mano á su señora, y entre los dos la subieron en la mula: luego subió Don Quixote sobre Rocinante, y el Barbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho á pie, donde de nuevo se le renovó la pérdida del rucio con la falta que entónces le hacia; mas todo lo llevaba con gusto, por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino, y muy apique de ser Emperador. porque sin duda alguna pensaba, que se había de casar con aquella Princesa, y ser por lo ménos Rey de Micomicón: solo le daba pesadumbre, el pensar que aquel Reyno era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen, habían de ser todos negros: á lo qual hizo luego en su imaginacion un buen remedio, y dixose á sí mes-

mo:

mo: que se me da á mí que mis vasallos sean negros; habrá mas que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algún Título, ó algun oficio con que vivir descansado todos los dias de mi vida? No sino dormios, y no tengais ingenio, ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treinta, ó diez mil vasallos en dácame esas pajas: par Dios que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que por negros que sean, los he de volver blancos, ó amarillos: llegados, que me mamo el dedo. Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pie. Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el Cura, y no sabian que hacerse para juntarse con ellos; pero el Cura, que era gran traicista, imaginó luego lo que harian para conseguir lo que deseaban, y fué, que con unas tixeretas que traia en un estuche, quitó con mucha presteza la barba á Cardenio, y vistióle un capotillo pardo que él traia, y dióle un herreuelo negro, y él se quedó en calzas y en jubon, y quedó tan otro de lo que ántes

111.

16

parecía Cardenio, que él mismo no se conociera, aunque á un espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros habían pasado adelante en tanto que ellos se disfrazaron, con facilidad salieron al camino real ántes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares, no concedían que anduviesen tanto los de á caballo, como los de á pie. En efeto ellos se pusieron en el llano á la salida de la sierra, y así como salió della Don Quixote y sus camaradas, el Cura se le puso á mirar muy de espacio, dando señales de que le iba reconociendo, y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando, se fué á él, abiertos los brazos, y diciendo á voces: para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatriote (s) Don Quixote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta esencia de los caballeros andantes: y diciendo esto, tenía abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á Don Quixote, el qual, espantado de lo que veía y oía decir y hacer á aquel hombre, se le puso á mirar con atención, y al fin le conoció, y quedó como espantado de verle, y hizo

grande fuerza por apearse; mas el Cura no lo consintió, por lo qual Don Quixote decía: déxeme vuestra merced, señor Licenciado, que no es razón que yo esté á caballo, y una tan reverenda persona como vuestra merced esté á pie. Eso no consentiré yo en ningún modo, dixo el Cura, estése la vuestra grandeza á caballo, pues estando á caballo, acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto: que á mí, aunque indigno Sacerdote, bastárame subir en las ancas de una destas mulas destes señores, que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo, y aun haré cenienta, que voy caballero sobre el caballo Pegaso, ó sobre la cebra, ó alfana (1), en que cabalgaba aquel famoso

(1) La alfana es una yegua de extraordinaria grandeza, de que usaban los gigantes y otros personages caballerescos. La zebra, que tiene la figura del ciervo, es una especie de caballo, y el animal de mas hermosa estampa y vistosa piel, que acaso se encuentra entre los cuadrúpedos; tiene la piel pintada con varias rayas, cintas ó fajas, alternando los colores de negro y blanco, y distribuidas con marcos ó líneas simétricas. Trata de la zebra el conde Buffon en el tom. XII de su *Historia natural*, p. 1. y su hábil traductor Don Josef Clavijo en el tom. VII, p. 240. Años pasados se vio una en Madrid, que para diversion y admiracion del público sacaban á pasear por sus calles y Prado.

Moro Muzaraque, que aún hasta ahora
yace encantado en la gran cuesta Zulema,

y cuya piel se manifiesta ahora en el Gabinete de Historia natural. Ludolfo en el *Comentario latino á su Historia de Ethiopia*, impreso el año de 1591, trata de la zebra, de que trae una estampa al fol. 150, y dice que en el Congo, reino de Africa (el qual es como la cuna y patria de las zebras) se llama *Zecora* en la lengua del país, de donde pudiera conjeturarse que de *zecora* se dixo y derivó *zebra*, de este modo: *zecora, zecra, zebra*. No falta quien asegure que en España era conocido y frecuente este tan hermoso y apreciable quadrupedo; que de su nombre se llamó Cebreero un monte de Galicia; y que en Madrid había antiguamente en su carnicería tabla de carne de zebra, como consta de su Fuero, dado á principios del siglo 13. ó año de 1208 por Don Alonso VIII. Pero lo que consta de este Fuero (de que se halla un exemplar auténtico en la Real Academia de la Historia) es que las tablas, en que entonces se vendía carne en la carnicería de esta villa de Madrid, eran de *carnero, de cabra bona, de oveja bona, de oveja vieja, de catedral ó cebon, de cerro, y de cabra vieja*; mas no había tabla de carne de zebra, sino de ciervo. Con efecto abundaba esta tierra de caza mayor, como ahora sucede aun, y como consta del libro de la *Montería* del rey Don Alonso XI. En el Fuero de Plasencia, dado tambien á principios del siglo 13., por el mesmo rey Don Alonso VIII., se hace igualmente memoria de gamos, de ciervos, y de *zebras, ó zecoras*. Mas estas eran las hembras de los ciervos; y así hablando de repartir la caza, dice: *si es ciervo, haya el cuero: si es zebra, haya la tierdegga del Lomo*. Con que el monte Cebreero se llamó sin duda así por los ciervos que se criaban en él; y en las tablas de la carnicería de Madrid no se vendía en el siglo 13. carne de *zebra*, sino de *ciervo*.



PART. I, CAP. XXIX. 245

que dista poco de la gran Compluto. Ann no caía yo en tanto, mi señor Licenciado, respondió Don Quixote, y yo sé, que mi señora la Princesa será servida por mi amor, de mandar á su escudero dé á vuestra merced la silla de su mula, que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre. Si sufre, á lo que yo creo, respondió la Princesa, y tambien sé, que no será menester mandárselo al señor mi escudero, que él es tan cortes y tan cortesano, que no consentirá que una persona eclesiástica vaya á pie, pudiendo ir á caballo. Así es, respondió el Barbero, y apedándose en un punto, convidó al Cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar: y fué el mal, que al subir á las ancas el Barbero, la mula, que en efeto era de alquiler, que para decir que era mala esto basta, alzó un poco los quartos traseros, y dió dos coces en el ayre, que á darlas en el pecho de Maese Nicolas, ó en la cabeza, él diera al diablo la venida por Don Quixote. Con todo eso le sobresaltaron de manera, que cayó en el suelo con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayéron en el suelo, y como se vió sin ellas, no tuvo otro remedio, sino acudir á

cubrirse el rostro con ámbas manos, y á quejarse, que le habian derribado las muelas. Don Quixote, como vió todo aquel mazo de barbas sin quixadas y sin sangre léjos del rostro del escudero caído, dixo: vive Dios, que es gran milagro este, las barbas le ha derribado y arrancado del rostro, como si las quitaran á posta. El Cura, que vió el peligro que corría su invencion de ser descubierta, acudió luego á las barbas, y fuése con ellas donde yacía Maese Nicolas dando aun voces todavía, y de un golpe, llegándole la cabeza á su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dixo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian, y quando se las tuvo puestas, se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de antes, de que se admiró Don Quixote sobre manera, y rogó al Cura, que quando tuviese lugar, le enseñase aquel ensalmo, que él entendia, que su virtud á mas que pegar barbas se debia de extender, pues estaba claro, que de donde las barbas se quitasen, habia de quedar la carne llagada y maltrecha, y que pues todo lo sanaba, á mas que barbas aprovechaba.

Así es, dixo el Cura, y prometió de enseñársele en la primera ocasion. Concertáronse, que por entónces subiese el Cura, y á trechos se fuesen los tres mudando, hasta que llegasen á la venta, que estaria hasta dos leguas de allí. Puestos los tres á caballo, es á saber, Don Quixote, la Princesa y el Cura, y los tres á pie, Cardenio, el Barbero y Sancho Panza, Don Quixote dixo á la doncella: vuestra grandeza, señora mia, que por donde mas gusto le diere, y ántes que ella respondiese, dixo el Licenciado: hácia que Reyno quiere guiar la vuestra señoría ¿es por ventura hácia el de Micomicon? que si debe de ser, ó yo sé poco de Reynos. Ella que estaba bien en todo, entendió que habia de responder que sí, y así dixo: si señor: hácia ese Reyno es mi camino. Si así es, dixo el Cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura, y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco ménos de nueve años se podrá estar á vista de la gran laguna Meona, digo, Meóides, que está poco mas de cien jornadas mas acá del

Reyno de vuestra grandeza. Vuestra merced está engañado, señor mio, dixo ella, porque no ha dos años que yo partí dél, y en verdad, que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso he llegado á ver lo que tanto deseaba, que es el señor Don Quixote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron á mis oídos, así como puse los pies en España, y ellas me movieron á buscarle, para encomendarme en su cortesía, y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo. No mas, cesen mis alabanzas, dixo á esta sazón Don Quixote, porque soy enemigo de todo género de adulacion, y aunque esta no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas: lo que yo sé decir, señora mia, que ora (r) tenga valor, ó no, el que tuviere, ó no tuviere, se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida: y así dexando esto para su tiempo, ruego al señor Licenciado me diga, que es la causa que le ha traído por estas partes tan solo, tan sin criados, y tan á la ligera, que me pone espanto. Á eso yo responderé con brevedad, respondió el Cura, porque sabrá vuestra merced, señor Don Quixote, que yo y Maese Nicolas, nuestro amigo y nuestro barbero,

ibamos á Sevilla á cobrar cierto dinero que un pariente mio, que ha muchos años que pasó á Indias, me habia enviado, y no tan pocos, que no pasan de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal, y pasando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro quatro saltadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron, que le convino al Barbero ponérselas postizas, y aun á este mancebo que aquí va, señalando á Cardenio, le pusieron como de nuevo: y es lo bueno, que es pública fama por todos estos contornos, que los que nos saltaron son de unos galeotes, que dicen que libertó casi en este mismo sitio un hombre tan valiente, que á pesar del comisario y de las guardas los soltó á todos: y sin duda alguna él debía de estar fuera de juicio, ó debe de ser tan grande bellaco como ellos, ó algun hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las orejas, á la raposa entre las gallinas, á la mosca entre la miel: quiso defraudar la justicia, ir contra su Rey y Señor natural, pues fué contra sus justos mandamientos: quiso, digo, quitar á las galeras sus pies, poner en alboroto la Santa Hermandad,

que habia muchos años que reposaba: quiso finalmente hacer un hecho por donde se pierda su alma, y no se gane su cuerpo. Hábales contado Sancho al Cura y al Barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el Cura refiriéndola, por ver lo que hacia, ó decia Don Quixote, al qual se le mudaba la color á cada palabra, y no osaba decir, que él habia sido el libertador de aquella buena gente. Estos pues, dixo el Cura, fnéron los que nos roháron, que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dexó llevar al debido suplicio.

CAPÍTULO XXX.

Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo (v).

No hubo bien acabado el Cura, quando Sancho dixo: pues mia fe, señor Licenciado, el que hizo esa fazaña fué mi amo,

y no porque yo no le dixé ántes, y le avisé que mirase lo que hacia, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos. Majadero, dixo á esta sazón Don Quixote, á los caballeros andantes no les toca, ni átañe averiguar, si los afligidos, encadenados y oprimidos que en encuentran por los caminos, van de aquella manera, ó están en aquella angustia por sus culpas, ó por sus gracias; solo les toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías: yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi religion me pide, y lo demas allá se avenga: y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor Licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un hideputa y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada, donde mas largamente se contiene: y esto dixo, afirmándose en los estribos y calándose el morrion, porque la bacía de barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzon delantero, lista adobarla del mal tratamiento que la hicieron los ga-